

Alfredo MARCOS, *Ciencia y acción. Una filosofía práctica de la ciencia*, México: Fondo de Cultura Económica, 2010, 399 pp., 11 x 17, ISBN 978-60-7160-166-7.

Lo primero que se advierte en la lectura continuada de estas páginas es la coherencia del discurso que desarrolla. Esta se logra, en primer lugar, con una explicación histórica del desarrollo de la filosofía de la ciencia; en segundo lugar, en la profundización filosófica desarrollada y, en tercer lugar, en la aplicación de los resultados de la reflexión a algunos de los problemas candentes de la actualidad.

En el plano histórico, la argumentación es sugerente e iluminadora: la modernidad se caracteriza de modo específico por haber dado primacía a la certeza a costa de la verdad. De este modo, la reflexión ha ido circunscribiéndose cada vez más a espacios progresivamente más estrechos. La filosofía de la ciencia moderna, persiguiendo la certeza, ha centrado su interés en lo que parecía más fácil para lograrla: la cuestión de la justificación del conocimiento. Desde esta perspectiva la filosofía de la ciencia neopositivista se ve, no como el último progreso de la filosofía moderna, sino como el último refugio donde el afán de certeza podía seguir haciendo valer sus pretensiones. Hoy se ha mostrado que todo el esfuerzo ha sido en vano: la pretensión de certeza ha mostrado su incapacidad para explicar la práctica

cotidiana de la ciencia y se ha manifestado fehacientemente la imposibilidad y esterilidad de perseguir la certeza a toda costa.

Frente a esa tradición heredada, Marcos sostiene una perspectiva falibilista en la que se deje de lado la búsqueda ansiosa de una certeza imposible para recorrer todos los modos humanos posibles que nos permitan alcanzar la verdad y, al mismo tiempo, seguir buscando. Resulta, por tanto, lógico que la primera tarea que se imponga al autor sea gestionar la incerteza. Para eso escoge la guía de Popper y Peirce. El lema que resume en buena medida estas páginas, en cuanto expresión de la racionalidad científica, es la afirmación, varias veces repetida, de Peirce: «No bloquear el camino de la investigación». Se trata de pensar la ciencia –y el saber humano del que forma parte– como abierta, tanto hacia el pasado como hacia el futuro, tanto hacia dentro como hacia fuera respecto a la verdad. No es posible la certeza, pero siempre es necesario progresar en el conocimiento de la verdad, para captarla con mayor profundidad, para ensanchar sus fronteras, porque ser hombre significa desear y buscar la verdad.

Esta apertura se nutre de la fuente del pensamiento aristotélico sobre la acción

práctica humana. La filosofía de la ciencia es aquella parte de la filosofía práctica que se ocupa de nuestro saber de la naturaleza. De ahí el título del libro: *Ciencia y acción*. La revalorización de la filosofía práctica aristotélica que ocupó a tantos pensadores a partir de los años ochenta sigue dando frutos apreciables. De este modo, la ciencia ya no es sólo un saber abierto, sino que se incluye él mismo en una perspectiva integradora y ampliativa. La cuestión de la ciencia es en definitiva, una concreción de la pregunta por el buen vivir del hombre; sólo desde ahí podemos alcanzar a comprender algo de la racionalidad humana. Por esa razón, la cuestión central de la filosofía ya no puede ser sin más la autonomía del sujeto, sino que es preciso pensar de nuevo su integridad, amenazada tanto por la disgregación interna como por la soledad externa. En ese lugar se fundamenta su elección de la perspectiva sistémica desarrollada por Agazzi, y de la prudencia, entendida como el saber práctico por antonomasia, y que se revela de este modo como la virtud arquitectónica de la vida humana en su totalidad, porque la ciencia es también y radicalmente acción humana.

El autor sostiene que la renuncia a la certeza no puede conducirnos al descuido de la verdad. De ahí que puede volver a plantearse el problema del realismo. La ciencia es realmente conocimiento de la realidad, un conocimiento verdadero, que como todo conocimiento es acción, y, en consecuencia, puede definirse desde la verdad práctica, en la que se reúnen armoniosamente las dimensiones referenciales y subjetivas del conocimiento. El hombre puede descubrir la verdad, cada vez más verdades, cada vez más profundas y, precisamente porque se trata de un verdadero descubrimiento, requiere siempre el compromiso de un sujeto que lo lleve a cabo. Así se forja la noción de «descubrimiento creativo» con la que el autor pretende reu-

nir las averiguaciones aristotélicas con lo que la filosofía de la ciencia contemporánea ha puesto de manifiesto a través del estudio histórico y sistemático de la investigación científica.

De este modo puede acercarse la ciencia más abstracta a los seres más sensibles e individuales. Siguiendo algunas indicaciones aristotélicas, el autor se entretiene en mostrar la raigambre clásica de una ciencia verdadera de lo individual: el saber es de lo existente, la auténtica definición de algo viene dada de forma exacta por la última diferencia. Pero las cosas singulares constituyen un cosmos y presentan múltiples coincidencias y semejanzas. Pero sólo en potencia. Corresponde al acto de conocer, en cuanto creativo, actualizar esas semejanzas para lo cual hace falta forjar conceptos que las expresen. Así se advierte, además, la conexión entre razón y realidad: la realidad es inteligible en potencia hasta que pensamos, la realidad es inteligida en acto en la ciencia en acto: así muestra su verdad y se revela el poder creativo de la inteligencia. A la vez, se manifiesta la imposibilidad de una ciencia absoluta, de un saber terminado, conclusivo y definitivo que sólo tendríamos que aprender de los libros.

Según el autor, la filosofía de la ciencia renovada debe poder afrontar de una manera más clara los problemas pendientes que la humanidad encuentra en los albores del tercer milenio de la era cristiana. Este enfrentamiento debe mostrar la riqueza de la perspectiva desarrollada y revelar sus primeros frutos. A esto se dedica la segunda parte del libro. En primer lugar, la conexión entre ciencia y comunicación. La cuestión candente en este tema es si resulta posible un periodismo científico de opinión. Desde un paradigma neopositivista nada puede ser más absurdo que opinar sobre la ciencia. Pero la ciencia no posee ni puede disponer de certezas incommovibles: ¿cómo no se va a poder opinar sobre las acciones humanas libres, entre las que se en-

cuenta la acción científica que busca la verdad en la naturaleza? La ciencia no está nunca ya hecha, la investigación debe continuar y conviene discutir las diferentes perspectivas sobre su desarrollo y las distintas propuestas sobre la prioridad de los temas desde la actualidad de las necesidades humanas y sociales. Además la investigación científica cuesta mucho dinero y todos estamos interesados en aprovecharlo adecuadamente. En segundo lugar, pero no aparte, se encuentran las relaciones entre ciencia y política: el autor ofrece ejemplos del arte prudencial que debe dirigir la ciencia, tanto desde el principio de responsabilidad como de la necesaria precaución frente a la inevitable incertidumbre que dirige la historia. En tercer lugar, se desarrollan las cuestiones de ciencia, tecnología y sociedad (CTS) que tratan de prever los cambios que los usos posibles del saber técnico tendrán a escala social y desde el punto de vista de la formación personal y

las cuestiones de bioética, que el autor centra especialmente en las cuestiones de la investigación clínica. La cuarta cuestión afrontada es la filosofía de la informática. Por último, se desarrollan varias ideas sobre la relación entre ciencia y arte: qué es una poética científica, la relación entre metáforas, comparaciones, analogía y modelos con los conceptos científicos y, por último, la relación entre metáfora y verdad.

En definitiva, el lector podrá encontrar una síntesis sugerente de los últimos desarrollos filosóficos sobre la ciencia escritos de modo claro e inteligible. De su lectura se beneficiarán tanto los expertos en casi cualquier rama de la filosofía, como todos los interesados en qué es la ciencia y cómo debemos mirarla, tenerla en cuenta para nuestra vida y valorarla como uno de los mejores productos que ha desarrollado la civilización occidental.

Enrique R. MOROS

Pilar FERNÁNDEZ BEITES, *Tiempo y sujeto. Después de Heidegger*, Madrid: Encuentro («Filosofía» 99), 2010, 383 pp., 15 x 23, ISBN 978-84-9920-018-7.

El título de esta obra puede hacernos pensar que nos encontramos frente a un estudio monográfico dirigido principalmente a especialistas de la filosofía contemporánea. Sin embargo, la introducción nos sitúa de frente a un problema crucial en la cultura actual: la muerte del humanismo. Ya las palabras de Hans Jonas que encabezan la introducción resultan inquietantes: «Hace ahora dos generaciones, dijo Nietzsche: el Nihilismo, “el más inhóspito de todos los huéspedes”, está a la puerta. Mientras tanto, el huésped ha entrado y ya

no es un huésped; y, en lo que respecta a la filosofía, el existencialismo intenta vivir con él. Vivir en tal compañía, significa vivir en una crisis». Para la autora, esa crisis se explica por la ausencia de filosofía, «pues este peculiar mal por omisión está en el origen de muchos de los males más inmediatos que configuran nuestra convulsa cultura occidental» (p. 13). Nos encontramos, por tanto, no ante un estudio erudito sino ante una llamada apremiante a interrogarnos filosóficamente sobre un mundo en crisis: «se necesita un nuevo im-